

Adan Kovacsics

Las leyes de
la extranjería

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2019

© Adan Kovacsics 2019

© **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2019**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-947802-4-0

Depósito legal: B 17056-2019

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Los preludios	13
Aria	91
Invención a dos voces	109
Sonata	129

Para C. G.

... yo también soy ahora uno de ellos,
exiliado de los dioses, vagabundo...

EMPÉDOCLES

Los preludios

Remigio, el solador

Remigio, el solador, era un muchacho tenaz, diligente, minucioso en el trabajo, que se había encargado de reformar el baño, la cocina y el zaguán de mi casa. Yo le tenía particular aprecio. Mientras él llevaba a cabo esas tareas, hablábamos; de su origen andaluz, pues era de Montoro, cerca de Córdoba, de su padre, que le había enseñado el oficio, de su afición a la esgrima, de sus lecturas, ya que leía bastante, aunque de manera un tanto desordenada, algún clásico como Balzac, alguna novela policíaca, algún poema romántico. Después lo perdí de vista. Aun así, cada vez que regresaba a mi hogar, pensaba en él, por el regocijo que me producía ver la primorosa hilera de azulejos blancos y azules en la entrada, alineados a la perfección como pupitres en la escuela en el primer día de clase.

Mucho tiempo más tarde vi a Remigio sentado en un banco en una de las avenidas principales de nuestra ciudad. Tenía bultos en la frente, alguna magulladura en las mejillas, parecía muy venido a menos, un mendigo. Me causó sorpresa, angustia, desazón, que atribuí a mis años de encierro y al consiguiente desmantelamiento de mis mecanismos de defensa. Llevaba yo una vida de reclusión, cada vez más alejado de los hombres, de la «humanidad»,

como decía para mis adentros, dedicado única y exclusivamente a mis escritos y a mis gatos que, desde luego, se aprovechaban de manera tan muda y pertinaz como cruel de mi bondad y de mis metódicas atenciones. Apenas hablaba yo con nadie, me movía sólo por los alrededores de mi domicilio, decía «buenos días» y «buenas tardes» con tono amable en la panadería, en la verdulería, en el supermercado, y poco más.

Vi, pues, a Remigio en una de las contadas ocasiones en que me alejé de mi barrio, en una de esas sublimes intervenciones del azar, como cuando una gota de sudor se desprende de la frente de un hombre en un sofocante día de verano y cae precisamente sobre una pequeña rana, que mira desconcertada. ¿Quién iba a decir que un día después de tantos años volveríamos a vernos? ¿Y por qué justo ese día? Nos saludamos de lejos. Con sus múltiples protuberancias y lesiones en el rostro y en los brazos semejaba un tronco viejo que a pesar de todo se mantiene en pie, expuesto a los grises vientos.

A partir de entonces lo fui viendo de vez en cuando, siempre sentado en aquel banco de la avenida. Diría que me acercaba a propósito a ese barrio, para ver a Remigio y saludarlo brevemente, con un ligero gesto de la cabeza, sin franquear el umbral de la discreción y de la distancia. Durante el otoño continuaba allí y, más degradado ya, continuó también en el otoño siguiente, pero entonces lo acompañaba una mujer joven, delgada tirando a flaca, tan baqueteada como él. A pesar del frío estaban descalzos y llevaban pantalones cortos. Se agarraban de la mano. Tenían muy juntas las rodillas, que parecían cuatro pajarillos

posados en un cable del teléfono. Percibí algo así como una corriente de cariño entre ellos.

César el Bueno

El lector difícilmente creerá que en pleno siglo XXI ocurriera lo siguiente: que entrara a caballo en la capital y se llegara hasta la plaza mayor un hombre joven, guapo, proceroso y fornido, vestido con una camisa floreada que llevaba abierta, mostrando el pecho. Se plantó en el centro de la plaza y allí se quedó sobre el caballo, con la cabeza bien alta, mirando un punto situado justo encima de los tejados. Al cabo de unas horas —era ya el mediodía— se le habían acercado varios curiosos, algunos de los cuales permanecieron a su alrededor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó un niño.

—César, César el Bueno —respondió el jinete sin inmutarse.

—¿Y qué haces? —quiso saber el niño.

—He venido para quedarme. Vengo de fuera, busco un amigo que me aconseje —contestó el hombre desde lo alto de su caballo.

—¿Qué significa eso? —insistió el pequeño.

—Que me voy a quedar aquí —dijo el otro.

A la mañana siguiente continuaba sobre su caballo, pero ya impartía órdenes.

—Tú te encargarás de la colada —dijo el jinete con voz meliflua pero imperiosa al chocolatero, que regentaba una tienda precisamente en la plaza, bajo las arcadas.

Y el chocolatero obedeció, cogió el hato de ropa que le lanzó César desde arriba y se lo llevó a la chocolatería. Al día siguiente volvió con las camisas, los calzoncillos, los calcetines primorosamente lavados y planchados. La gente colaboraba con César. Cientos de personas iban y venían, traían cebada para el caballo, comida para el jinete, regalos, anillos, collares, y él, a su vez, daba órdenes.

—Hoy repartirás fruta por las casas de la calle de la Bacaladería —dijo al verdulero que, en efecto, distribuyó manzanas, peras y naranjas por las casas de la calle. No todos colaboraban, sin embargo, pues había quienes le guiñaban el ojo derecho en señal de aprobación y complicidad, pero luego no le hacían caso y seguían con sus quehaceres diarios como si nada hubiera cambiado. Aun así, merodeaban por la plaza, ávidos de mirar y de novedades.

Poco a poco, las autoridades comenzaron a molestarse por semejante despliegue. Quisieron apartar a César de su sitio, pero les resultó de todo punto imposible. Lo impedía el gentío que abarrotaba las callejuelas y place-tas. Lo intentaron por las buenas, pero no hubo manera. En el palacio del gobierno salía el obispo del despacho del presidente y acto seguido entraba el director del Banco de la Nación. El asunto a tratar era siempre el jinete y la situación que había creado y que, según decían, «se les había ido de las manos». Se decidió aplicar la pena de muerte que llevaba décadas sin ejecutarse. El ejército irrumpió en la plaza mayor a sangre y fuego, con trompetas, banderas y lanzagranadas, y prendió a César el Bueno, que había venido de fuera, buscaba un amigo que lo aconsejara y no se había movido de la montura de su caballo. En

un juicio sumarísimo fue sentenciado a morir en la guillotina. La condena se ejecutó en la misma plaza en la que había aparecido hacía cien días. También decapitaron al caballo. Fue una escena espantosa que es preferible no narrar. Baste decir que el hombre puso la cabeza; el animal, en cambio, no. Las autoridades quisieron dar un aire festivo al acontecimiento, montaron carpas, regalaron vino, patatas fritas y sándwiches de pan de molde con boque-rones, aceitunas, mayonesa, lechuga y tomate.

Los moradores de los alrededores de la plaza también acudieron a la ejecución. A través de las ventanas abiertas, pues era primavera, se oía, sin embargo, el llanto de algunas mujeres en el interior de los edificios. Lloraron igualmente, con disimulo, algunos varones. Semanas después de la decapitación de César el Bueno se presentó —ya en plena canícula— otro hombre en la plaza, igual que él. No era tan bello, pero venía a caballo.

El corzo

Los corzos hechizaban a Mireia Vargas. La fascinaban su elegancia, su sutileza, su color entre el oro y la miel, su presencia sublime, etérea. Le parecían seres de otro planeta extraviados en la tierra. Tanto la encandilaron que se compró una casa en el claro de un bosque en los Pirineos navarros para contemplarlos; para, a través de los corzos, devenir toda ella contemplación. Allí iba siempre que podía Mireia Vargas, empleada en un despacho de arquitectura en la calle Rosselló de Barcelona. Era cortés, era ama-